



A la luz de Goethe

ANTONI MARÍ

En las 'Conversaciones' recientemente editadas en castellano en una nueva traducción, se encuentra, compilado por J. P. Eckermann, buena parte del pensamiento de una de las mentes más lúcidas de la Europa moderna

La rotunda afirmación de Arthur Rimbaud de que los libros de poesía deberían transformar la vida de sus lectores se cumplió con todas sus consecuencias cuando Jean Paul Eckermann con apenas 30 años leyó a J. W. Goethe (1749-1832). Entonces todo se transformó para él y asumió un destino que antes de leer al Consejero Áulico nunca habría tomado en consideración. "Era como si no hubiera empezado a despertar y a adquirir verdadera conciencia hasta este momento. (En los libros de Goethe) encontré el corazón humano con todos sus afanes, su felicidad y su sufrimiento; hallé una naturaleza alemana que era como un día luminoso, una realidad pura a la luz de una suave transformación".

¿Qué puede hacer un sujeto que imprevisiblemente y de la mano de un desconocido ha adquirido conciencia de sí, y conciencia de todo? Pues ir en pos de él para constatar que es una persona humana la responsable de aquella transformación que le ha permitido conocer el fundamento del mundo y de las almas de los hombres. Sin temor a ser defraudado por el autor de sus nuevos días, el joven lector marcha a pie desde Göttingen hasta Weimar para contemplar de cerca al "gran egoísta" y aprender a ver más lejos desde su proximidad. Goethe no le defrauda, su persona le despeja incógnitas que la letra impresa no podía desvelar: percibir la unidad y la íntima armonía que puede establecerse entre la infinita diversidad de las apariencias que puede llegar a adquirir una persona. Pero es la persona pública la que habla: el escritor, el científico, el ciudadano, el dramaturgo, el poeta o el viajero; nada se nos muestra, sin embargo, de la intimidad interior o de las contingencias de la vida diaria. Impasible frente a la muerte de sus amigos, de sus familiares o sus amantes, Goethe es sobre todo fiel a la imagen áulica que tanto tiempo y tanto esfuerzo le ha costado construir.

Durante nueve años, de 1823 a 1832, J. P. Eckermann atendió, asistió, incordió a Goethe y mantuvo una intensa afinidad que beneficiaría a ambos. Goethe podía exponer sus ideas, matizar otras para deshacer los malos entendidos que su obra siempre generó, opinar sobre personas e instituciones y exponer lo que le comprometía sin tener que recurrir a la escritura que imponía una exigencia que a su edad, 75 años, no estaba dispuesto a realizar. Eckermann, por su parte, convivía con la persona que le había descubierto el mundo y a sí mismo y junto a su agradecimiento esperaba extender el saber y realizar el único objetivo de su existencia: dejar constancia por escrito de la magnitud ciclópea que puede adquirir un ser humano. Nada escapó a la perspicacia de Eckermann y como amanuense apuntó y redactó todo lo que decía su maestro, ensartaba sus ideas como las cuentas de un collar que se sucedieran implacablemente y ofrecía de Goethe el perfil más auténtico y fiel de lo que *era* un humanista. Desde aquel día de junio de 1823 Eckermann vivió exclusivamente para ordenar las infinitas conversaciones con Goethe en las que trabajó hasta quince años después de su muerte.

Aquí, Goethe aparece prudente y osado, anacrónico y reformador, generoso y egoísta, rencoroso e indulgente, y se nos ofrece en la lenta construcción de un personaje que también fascina al lector por esa ideal e imposible síntesis de sentido común y de idealismo, de racionalidad y de imprudencia, de posición crítica y de acendrado entusiasmo por las cosas del mundo. Los múltiples inte-

Un texto de referencia

Memoria del alma ilustrada

J. P. Eckermann
Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida

Edición y traducción de Rosa Sala Rose

ACANTILADO
1004 PÁGINAS
46 EUROS

JOSÉ LUIS GIMÉNEZ-FRONTÍN

Creo prudente manifestar de entrada por qué, sin ser germanista ni leer alemán, me arriesgo a esbozar un comentario a un texto de obligada referencia para los estudiosos de la cultura alemana de las primeras décadas del siglo XIX y, por supuesto y sobre todo, para los devotos de Goethe. Quiero decir que he abordado la lectura del exhaustivo testimonio del secretario y editor de Goethe, el ornitólogo y escritor J. P. Eckermann, con un par de interrogantes diría que de cierto interés, pero un tanto colaterales a su documento, en la esperanza de encontrar en éste algunas respuestas. En primer lugar, por qué hoy ya no se edita tanto a Goethe, un hecho sintomático que, de hacer caso a Harold Bloom (sin entrar a considerar ahora su limitada sintonía con el genio fundador de la poesía moderna alemana), afecta también al universo lector y editorial anglosajón, aunque no por supuesto al alemán, donde tengo entendido que la obra lírica de Goethe es objeto de reedi-

kerman pensaba iniciar su carrera literaria).

Testimonio inexcusable, decía, incluso apasionante en numerosísimos pasajes que se enriquecen además con la distanciada lectura en clave de nuestro tiempo, pero sin llamar a engaño al lector: parece como mínimo aventurado que el editor califique *Conversaciones con Goethe* como “obra cumbre de la literatura universal”, habrá que suponer que arrastrado por el juicio de Nietzsche quien, cuando entraba en vena polemista y se ponía estupendo, era capaz de demostrar que el más excelso compositor contemporáneo suyo era Bizet y, por encima de Bizet, un autor de zarzuelas cuyo nombre en este momento sinceramente no recuerdo. Ahora bien, lo mejor del exhaustivo diario de Eckermann no es sólo su misma intención, tan contemporánea nuestra, de abordar un registro biográfico, y de hacerlo a partir de una ilimitada memoria oral absolutamente desaparecida de nuestro ámbito genético-cultural, sino también su capa-



02

16 Apuntes goethianos

Si la memoria oral de Eckermann era lo fiel y prodigiosa que todo hace suponer que era, éstas serían palabras de Goethe, en versión de Rosa Sala Rose (selección de J. L. Giménez-Frontín):

“Especular sobre la inmortalidad es bueno para las clases distinguidas y, sobre todo, para las mujeres que no tienen otra cosa que hacer.” (pag. 108)

“En general a los alemanes les perjudica la especulación filosófica (...) que muchas veces procura a su estilo un aire carente de sensualidad, incomprendible, inflado y tendente a dar vueltas sobre sí mismo.” (pag. 128)

“El talento de Schiller estaba hecho para el teatro. (...) Con todo, no deja de ser sorprendente que, desde ‘Los bandidos’, prendiera en él cierto sentido del horror que se negó a abandonar.” (pag. 168)

“(Byron) es un gran talento, un talento innato, y nunca he visto en nadie una fuerza poética mayor que la suya. (...) Sin embargo, Shakespeare lo sobrepasa (...) por eso no habla mucho de Shakespeare.” (pag. 174)

reses intelectuales confluyen aquí en una unidad de sentido. Sus ideas políticas, sus convicciones ideológicas, sus consideraciones sobre los escritores modernos y los antiguos, sus investigaciones científicas, sus descubrimientos naturalistas, sus ideas sobre el arte y la naturaleza, son cuestiones que a pesar de que a menudo entran en contradicción surgen de la necesidad primera de comprenderse a sí mismo y de penetrar en su relación con todo.

“Todas mis obras son fragmentos de

En las ‘Conversaciones’, Goethe es prudente y osado, anacrónico y reformador, generoso y egoísta

una confesión general” y las *Conversaciones* son una confesión donde se muestran sus quebrantos y sus pocas alegrías y donde la memoria, azuzada por la incidencia de Eckermann, se despliega reconstruyendo un pasado idealizado mientras una oscura nostalgia se cuela entre las afirmaciones más intrépidas, las aseveraciones más audaces y los recuerdos. Napoleón, Shakespeare, Schiller, Byron, Diderot, Calderón, el duque de Wellington, Voltaire son algunos de los imaginarios que Goethe solía tomar como referencia y modelo. Cada uno de ellos le revelaba lo que le faltaba a él: audacia, sabiduría, armonía, temperamento, sentido del humor, trascendencia e

inteligencia. Y a pesar de que poseía estas virtudes, el viejo maestro de Weimar no supo, o no pudo, sintetizarlas en un yo que le procurase la felicidad; al menos la instantánea felicidad de reconocerlas en una totalidad armónica.

Las *Conversaciones* son el testimonio del drama de Goethe y de cualquier ciudadano moderno: el de la imposibilidad de unificar la oposición más contraria, la que se manifiesta entre el Espíritu y la Naturaleza, entre el orden y el caos, yo y el mundo. Su aspiración fue trascender toda contrariedad para acceder a una unidad en la que él se confundía con todo, pero cuanto más se afanaba en ello surgían nuevas contradicciones que le impedían alcanzar la cima del reposo. Es posible que como decía Nietzsche las *Conversaciones* sea el libro más importante del siglo XIX, sobre todo porque Nietzsche se reconocía en esa lucha implacable y necia de llegar a situarse más allá del bien y del mal. A Goethe podía aplicarse lo que él dijo de Napoleón. “Es un ejemplo de lo peligroso que es elevarse en lo absoluto y sacrificarlo todo a la realización de una idea.”

La edición española de Acantilado es en todos sus aspectos idónea e inédita y viene acompañada de ilustraciones, glosario e índice onomástico. Todo favorece a una lectura parsimoniosa y apasionada. Debe celebrarse como un acontecimiento para los que han osado acercarse al Consejero Áulico sin temer que sus alas ardieran por el calor y la luz que desprenden su inteligencia, su soberbia y su voluntad. |

ciones constantes. Y también en qué medida la luz goethiana, por más que le hayamos dado la espalda, sigue alumbrando no ya los rasgos más profundos del alma ilustrada sino incluso algunas parcelas de nuestra realidad más histórica, dos siglos después de la difusión de su obra.

Intentar una respuesta a estas preguntas a partir del texto de Eckermann supone ante todo su comentario, y muy especialmente su contextualización aquí y ahora a partir de la presente edición. Imaginemos, pues, que Cervantes o Shakespeare hubieran sido agraciados con rentas y sinecuras y hubieran

idad para detectar y afrontar las a veces contradictorias opiniones del maestro al que, con una sensibilidad realmente avanzada, presenta como una personalidad de múltiples facetas, aunque sin lógicamente llegar a asumir la idea misma de fragmentación. El texto además rezuma de buenos sentimientos, porque es más que evidente que Eckermann era una buena persona en el buen sentido de la palabra bueno, un tanto incapaz de detectar abusos, desdenes ni malicia. De hecho, su texto hoy se resiente cuando, acaso por ingenuidad con respecto a sí mismo o a Goethe y más allá de la obligada cortesía de su tiempo, rebosa de apos-

El testimonio de Eckermann sobre Goethe resulta inexcusable para los estudiosos, a veces por lo que dice, pero incluso por lo que no dice

disfrutado de una acomodada economía familiar hasta el extremo de disponer de archivero, secretario o biógrafo que nos hubieran legado claridad sobre sus oscuros episodios biográficos. Comparativamente y salvando todas las distancias de registro cultural, ya sólo por ello el testimonio de Eckermann sobre Goethe resultaría inexcusable para los estudiosos. A veces por lo que dice sin lógicamente poder imaginar qué lectura dará la posteridad a lo que dice, e incluso a lo que no dice, (el lector, por ejemplo, debe interpretar a su cargo las razones de la falta de autorización de Goethe para la publicación de las primeras secciones de estas *Conversaciones* con las que Ec-

tillas del tipo “Cuánta razón tiene usted, amigo mío” o “Qué observación más atinada la suya”, con las que el poeta responde a las prolijas parrafadas de su secretario, apostillas autolaudatorias que curiosamente disminuyen notablemente en número en la tercera parte de la obra redactada tras la muerte de Goethe en Weimar en 1832. De hecho, es la parte en la que más enjundiosas observaciones de Goethe nos ha legado Eckermann (con la asistencia esporádica de Soret) y en la que más inspirada aparece la voz y la reflexión goethiana evocadas por Eckermann.

De la edición sólo cabe reconocer su extraordinario esfuerzo editorial, y el >

01 Fotografía de la casa de Goethe en Weimar. Fototeca de la Stiftung Weimarer Klassik und Kunstmuseen

02 Goethe retratado por Joseph Karl Stieler (1828)

> personal de Rosa Sala Rose, la traductora cuya erudición es además responsable de las ilustraciones de referencia, de los detallados glosarios y de toda la bibliografía citada. Ella es, pues, la artífice de la presente edición. ¿Responde ésta a unas expectativas no necesariamente eruditas como las manifestadas al principio de mi comentario? La respuesta obviamente no puede venir directamente de la lectura de Eckermann, y por fuerza ha de ser ambigua. No se lee a Goethe (a su ingente obra poética y dramática) quizás porque su medida laicista e ilustrada –incluidos el desasosiego juvenil de *Werther* y la desmesura sobre todo de la segunda parte de *Fausto*– sólo puede ser entendida como un cultismo elitista por parte de una sociedad fanáti-

Apasionantes, las ‘Conversaciones’ se enriquecen con la lectura en clave de nuestro tiempo

camente populista, cada día más ignorante de las claves de su *continuum* cultural, y regida por obsesiones nacionales escasamente universalistas. Todo lo más nuestro paladar estaría dispuesto a afrontar la lectura de sus memorias y diarios de juventud (al igual que las *Conversaciones* de Eckermann) por una equivocada sintonía con el registro *periodístico* supuestamente más contemporáneo, que en el caso de Goethe (y en con-

El escritor y la ciencia

¡Queríamos ser Goethe!

MARTÍ DOMÍNGUEZ

Eugeni D'Ors escribe en *La vall de Josa-fat*: “Voldriem parlar com Demòstenes, escriure com Boccaccio, pintar com Leonardo, saber com Leibniz, tenir, com Napoleó, un ample imperi, o un jardí botànic, com Ruelbeck... Voldriem ésser Goethe”. Querriamos ser Goethe, es decir, querriamos ser aquello que Napoleón exclamó, cuando lo recibió en Erfurt: “¡He aquí un hombre!”. No un hombre en el sentido viril y guerrero, sino un hombre como sublime triunfo del conocimiento y la educación. Porque Goethe no sólo fue grandísimo escritor, sino que al mismo tiempo representó la excelencia social, encarnó como nadie el amor a la cultura y a la buena sociedad.

En este sentido, las *Conversaciones* con Goethe de Eckermann (del fiel Eckart, como lo llamaba el autor del *Werther*), es un libro muy bello. Y no sólo porque aquel joven poeta que se dirige al genio consagrado transcribe las ideas goethianas con acierto y cariño, sino porque desde su candoroso entusiasmo

pecie de *summa mundi*, un inventario de las tendencias científicas, artísticas y literarias de principios del siglo XIX.

Como escribe Sainte-Beuve, en uno de sus *lundis*, Goethe fue el último epígono del siglo de las luces, que quiso corregir a Newton, igualar a Voltaire y destruir a Shakespeare. Quizá no consiguió plenamente ninguno de estos objetivos, pero en cambio sí que logró ser el mayor humanista de su tiempo. A menudo se olvida esta visión poliédrica del conocimiento goethiano, esa búsqueda spinoziana de una idea común para todo. Y con frecuencia se ningunean sus indagaciones científicas, que se toman por pasatiempos de diletante (por ejemplo, en la solapa de esta edición se anuncian “más de mil páginas de reflexiones sobre arte y literatura”. ¿Y la ciencia?).

Un grave error porque éste también es un libro para los amantes del pensamiento científico. En él encontrarán acaloradas discusiones sobre la óptica de Newton (hasta el extremo de que Goethe llegó a creer que sería más recordado

de cincuenta años (...). No obstante, sin los esfuerzos que he realizado en las ciencias naturales, nunca habría conocido a los hombres tal como son”.

Y, sin embargo, es ese estudio de la naturaleza el que le permite a Eckermann rectificar a su maestro. Una tarde de septiembre de 1827, mientras paseaban por la montañas de Rosenberg, un grupo de pájaros se posó en un seto: “Goethe me preguntó si serían alondras. ‘Mi querido y buen amigo’ pensé ‘habrás estudiado la naturaleza como pocos, pero en ornitología parece que sigues siendo un niño’”. Eckermann era un apasionado ornitólogo, y por primera vez su voz se impone con orgullo: “Son escribanos y gorriones. Puede que también haya algunas currucas rezagadas que, tras haber esperado la muda, han bajado de la espesura del Ettersberg hacia los jardines y campos, preparándose para continuar su camino. Pero, desde luego, alondras no son. No es propio de la naturaleza de la alondra posarse en los setos. La alondra común vuela hacia lo alto o baja de nuevo al suelo, y en otoño suele atravesar los aires en bandada y puede que se pose en algún campo de rastros, pero nunca se detendrá en setos y matorrales”. Goethe lo mira con sorpresa, lo interroga sobre la naturaleza de los pájaros y, de repente, el maestro es Eckermann y el aprendiz el autor de *Fausto*, y el texto se llena de currucas, alcotanes, oropéndolas..., hasta llegar a las espléndidas páginas que dedican a la historia natural del cuco.

Y es precisamente aquel interés com-

“Lo que nos hace libres no es nuestra negativa a reconocer a nadie por encima de nosotros, sino precisamente el hecho de respetar lo que sea superior.” (pag. 253)

“Es Mozart quien debería haber compuesto la música del Fausto.” (pag. 364)

“La mayor parte de las nuevas creaciones no son románticas por nuevas, sino por débiles, endebles y enfermas, mientras que lo antiguo no es clásico por antiguo, sino por fuerte, fresco y sano.” (pag. 385)

“El ser humano es una criatura oscura que no sabe de dónde viene ni adónde va, conoce muy poco del mundo y aún menos de sí mismo. Tampoco yo me conozco a mí mismo, ¡y que Dios me guarde de ello!” (pag. 416)

“Esos tiempos (bárbaros) ya han llegado, y nos hallamos justo en medio. Y es que: ¿en qué consiste la barbarie sino en ser incapaz de reconocer la excelencia?” (pag. 556)

“Además, ¿qué significa eso de amar a la patria? (...) Cuando un escritor se ha esforzado toda la vida (...) en ilustrar el espíritu de un pueblo (...) ¿cómo va a obrar aún más patrióticamente?” (pag. 580)



secuencia también en el de Eckermann) sólo en apariencia ofrece una escritura menos ambiciosa. Con lo cual creo que queda respondida aquella mi segunda pregunta: hoy más que nunca son oportunas las reflexiones goethianas trasladables a nuestro aquí y ahora (incluso cuando filtradas por la bondadosa retórica de J. P. Eckermann). Bienvenidas, pues, estas *Conversaciones*, en sí mismas y porque pueden y deben incitar a nuevas ediciones y lecturas de la obra de Goethe. |

‘Goethe en la campiña romana’, de J.H.W. Tischbein (1786)

consigue humanizar al olímpico y algo acartonado Goethe. Si Boswell fijó para siempre a Samuel Johnson, Eckermann consiguió inmortalizar al más inmortal de los hombres, y lo hizo en su monumental y poliédrica dispersión intelectual. Hay pocos libros tan ricos, en los que los temas sean tan variados y donde se combinen con tanta facilidad literatura, arte, música y ciencia. Todo interesa al hombre Goethe, porque todo le ayuda a entender el mundo y a los hombres. Y por eso estas *Conversaciones* son una es-

por sus aportaciones a la física de la luz que por sus obras literarias); las polémicas sobre anatomía comparada entre Cuvier y Saint-Hilaire (Goethe tomó posición acertadamente a favor de este último); sus ideas sobre la ciencia y la vida científica (¿cómo le dolía que los científicos no reconociesen sus aportaciones!). Pero, sobre todo, lo que hay es mucha filosofía de la naturaleza, en la que Goethe llegó a ser un fino visionario. Algunas ideas son precursoras del evolucionismo (su ensayo sobre la metamorfosis de las plantas), otras recuerdan a la teoría Gaia de Lovelock-Margulis: “A la tierra y su círculo de vapor me la imagino metafóricamente como si fuera una gran criatura viva sumida en una inspiración y espiración eternas”. También hay juicios inteligentes sobre científicos: “Aristóteles supo ver la naturaleza mejor que cualquier moderno, pero se precipitaba demasiado en sus opiniones. Con la naturaleza hay que proceder despacio y con indulgencia, si es que queremos sonsacar algo de provecho”. Pero la historia natural le sirve especialmente para entender mejor el mundo en el que vive, aunque para ello tenga que dedicar no sólo una parte esencial de su tiempo, sino también mucho dinero: “Cada una de mis observaciones me cuesta una bolsa llena de oro; he tenido que invertir medio millón de mi patrimonio privado para llegar a aprender lo que ahora sé: no sólo toda la fortuna de mi padre, sino también mis propios emolumentos y mis considerables ingresos literarios desde hace más

partido por los misterios de la naturaleza lo que robustece su amistad. Hablando de la naturaleza se establece un diálogo de igual a igual: “Pero dígame –le pregunta Goethe–, ¿cómo hace el cuco para llevar su huevo al nido del cochín, cuando tiene una abertura tan pequeña que él ni siquiera puede atravesarla ni sentarse encima?” Y Eckermann contesta enseguida: “Deposita el huevo en algún lugar y lo introduce con el pico”. Y Goethe sigue preguntando, admirado,

Todo interesa al hombre Goethe, porque todo le ayuda a entender el mundo y a los hombres

entusiasmado, animando al amigo a proseguir sus estudios naturalísticos.

Esta es la grandeza de Goethe, su infinita curiosidad. Por eso todo lo que nos remite a él es interesante. Si en los diarios de Eckermann encontramos aquella sugerente crónica cotidiana, en la correspondencia con Meyer descubrimos su pasión por la pintura (¡también quiso ser pintor!), en la de Reimer su formación clásica, en la de Zelter su amor por la música. Nada le es ajeno. Siempre desea aprender. De la historia natural pasa a Newton y de éste a Mozart y Mendelssohn, a Dürer y Holbein, a Virgilio, Shakespeare y Molière. Ya lo decía D'Ors: ¡Querriamos ser Goethe! Sí, sin duda, querriamos ser un hombre. |

El argumento del 'Viaje a Italia'

Goethe formalizó un argumento indiscutible para el cine, el del pacto por el poder, es decir el argumento de 'Fausto', que tanto ha influido en filmes de todas las épocas basados en personajes descomunales, más grandes que la vida. Pero existe otro argumento menos evidente, menos conocido, que se desarrolla sobre todo en los años del cine moderno y que sigue demostrando una encomiable capacidad de engendrar singulares películas contemporáneas. Este argumento es el del 'Viaje a Italia' o lo que es lo mismo, la indagación geográfica que emprende un autor en busca de las raíces de su inspiración, como una forma necesaria de despojarse de lo superfluo y poder así volver a empezar. Este retorno emocionante a los panteones del origen

marca, efectivamente, al cine moderno. Y podemos seguir su rastro en estas películas donde un personaje, que normalmente representa al propio director, decide hurgar en la herida del paisaje en busca de una revelación. Autores que comprenden que tras la cicatriz del dolor y de la muerte existe la esperanza de una nueva belleza. Goethe descubrió este aire de transformación en las excavaciones de Pompeya y en otros lugares de Italia donde la gran ficción clásica, la de Homero, latía en la geografía de lo real. Este gesto de ir al encuentro del azar, de dejarse llevar por el sentido de lo inesperado, se hace sentir en los cineastas que emprenden una búsqueda a través del paisaje, buscando el dolor, creando a partir de él. **JORDI BALLÓ**



01



02



"Nada más peligroso para el teatro que (...) vivir en la despreocupada certeza de que lo que se haya dejado de obtener en los ingresos de taquilla (...) le será restituido desde alguna otra fuente." (pag. 657)

"(Shakespeare) hace decir a sus personajes lo que resulta adecuado, efectivo y bueno para cada escena concreta, sin preocuparse de calcular (...) si tal vez estas palabras podrían entrar en una contradicción aparente." (pag. 705)

"Una cosa es segura: que en situaciones especiales las antenas de nuestra alma pueden ir más allá de sus fronteras físicas, siéndole dado presagiar o, incluso, ver realmente ante sí su futuro más próximo." (pag. 736)

"La productividad más elevada, esa iluminación significativa (es) algo emparentado con lo demoníaco que, incontenible, hace con el hombre lo que le viene en gana y a lo que éste se abandona sin saberlo." (pag. 763)

"La muerte es algo tan raro que, a pesar de lo que nos dice la experiencia, no la consideramos posible en aquellos a quienes queremos (...), es un imposible que se vuelve real de repente." (pag. 809)

"En el fondo, todos somos criaturas colectivas, (...) algo que mucha buena gente no acierta a comprender, por lo que se pasa media vida tñateadon en la oscuridad y soñando con ser original." (pag. 861)



03



04



01 'Viaggio in Italia' de Rossellini debe mucho a Goethe, más allá de lo explícito del título. Toda la película es como un carnet de notas de la relación entre Rossellini e Ingrid Bergman, a través de la historia de la crisis de una pareja que atraviesa, con tensión, el paisaje italiano. Como en Goethe, la revelación fundamental se produce en las excavaciones de Pompeya, ante el descubrimiento de los cadáveres carbonizados, y conservados, de una pareja abrazada. Ahí nació el cine moderno

02 Años más tarde, otro director italiano, Nanni Moretti, emprendió otra forma del 'Viaje a Italia' en un filme basado también en la crónica cotidiana de sus experiencias. Se trata de 'Caro diario', un filme episódico que se inicia con un viaje en Vespa del protagonista por las periferias romanas. Este viaje sin dirección culmina en la playa de Ostia, donde asesinaron a Pasolini. Allí Moretti comprende que su posible regeneración pasa por la comprensión profunda de los lugares del dolor

03 En '¿Dónde está la casa de mi amigo?' Abbas Kiarostami creó uno de los paisajes más fértiles del cine universal. Ese camino en zig-zag en una loma fue una imagen perdurable, como una leve huella del paso pertinente de la humanidad. En dos filmes posteriores, 'La vida continúa' y 'A través de los olivos', Kiarostami volvió a este lugar de rodaje que un terremoto había sacudido, preocupado por el destino de sus actores. Y el camino seguía allí, un paisaje creado por el cine, convertido en espacio público

04 José Luis Guerin abordó el rodaje de 'En construcción' como una exploración de las capas de humanidad en un barrio sometido a un proceso de transformación. La construcción de un edificio es el arma para renovar el paisaje humano de un barrio degradado. Pero el azar interviene y las obras se detienen ante el descubrimiento de un cementerio romano que reúne a los vecinos de ahora con los del pasado. Como en el viaje de Goethe, la revelación llega ante las tumbas: vivimos sobre los muertos